

ÍNDICE

Prólogo: «La prosa lituana: un cuclillo sobre el abedul quebrado», por Jūratė Sprindytė	9
JUOZAS APUTIS	21
Trebolera. Una noche de 1954	23
Tres umbrales de la madurez	31
Un amago de sonrisa enamorada	40
En el horizonte corren jabalíes	51
Manzanos voladores	61
<i>Jeeps</i> en la carretera	71
ROMUALDAS GRANAUSKAS	85
Con una mariposa en los labios	87
Ojos de madera	116
Ríos tristes	120
Isidro	131
Elena	140
BRONIUS RADZEVIČIUS	149
Esta noche hiela	151
«Padre», dirá	154
Un hombre en la nieve	157
La culpa	169
En la casa vieja	172
La visita de madre	175
Junto al lago	178

BIRUTE JONUŠKAITĖ	181
Plegaria de otoño	183
El robo	188
De felicidad	197
Fulgurante silencio	206
El rey de los conejitos	214
BITĖ VILIMAITĖ	221
El cuchillo y el guante	223
Allá en el pueblo de Mikalajūnai	227
Capas blancas	230
DANUTĖ KALINAUSKAITĖ	233
Una vez en Túnez	235
«Un día más largo que un siglo»	269
Nota bibliográfica	283

La visita de madre

Iba por la calle que llevaba a la estación, pero no me dirigía a la estación; seguramente quería pasar por alguna cafetería o estaba dando un paseo, cuando vi a una mujer andando por el medio de la calle, cargada de bultos. Encorvada, con la mirada baja, con una mano agarraba una maleta desgastada; la otra sostenía un fardo envuelto en un pañuelo blanco. Caminaba a paso rápido de persona de pueblo, sin mirar a los lados, como si supiera bien adónde iba. Al acercarme me quedé asombrado: era mi madre. ¿Cómo ha aparecido aquí y va caminado por el medio de la calle sin prestar ninguna atención a las miradas de los que la rodean? Miré alrededor confundido. La calle estaba totalmente vacía. En el cruce, donde solía haber un policía, tampoco había nadie. Pasó algún que otro coche, pero la adelantaban y seguían su camino como si nada, y ella, sin prestar atención a nadie, caminaba por la calle como si fuera por el campo. Fui corriendo hacia ella, le cogí los bultos, la llevé a la acera y me quedé mirándola a la cara atónito. En cambio, a ella no le sorprendió nada verme allí. Yo no podía dejar de pensar cómo había aparecido en la ciudad, dónde iba, y —lo más raro— por el centro de la calle. Yo llevo ya tiempo en esta ciudad, lo cierto es que no he conseguido mucho, pero a andar por las calles sí que he aprendido. Aquí ya me conozco todo, cada rincón...

Seguramente mi madre venía a mi casa, pues hacía tiempo que no le escribía, pero ¿cómo podía venir a una ciudad tan grande sin saber mi dirección?

Yo estaba delante de ella y no conseguía articular palabra del asombro. Aquí, en una ciudad así, no es tan fácil encontrarse.

¿Qué habría hecho de no ser por esta casualidad? Y no parecía que mamá se alegrara en absoluto de ello. Estaba como ofendida y caminábamos hacia mi casa en silencio. Me desabroché la chaqueta; justo ese día iba bien vestido y caminaba a su lado con pasos firmes, indicando con orgullo dónde había que girar, como diciendo: «Yo soy feliz aquí, soy todopoderoso y lo sé todo».

Cuando iba a casa, siempre trataba de ocultar que en la ciudad no me iba demasiado bien, que vivía en la miseria y que se me estaba quebrantando la salud. Ahora, cogido por sorpresa, podía descubrir este secreto, y yo no quería que mi madre supiera que no me iba bien. Por eso, cuando nos encontramos de esa manera y yo justo iba bien vestido y caminaba por la acera, no como ella, pensé que no tenía mala pinta y podría causarle una buena impresión.

Mi madre, sin embargo, hizo caso omiso de mi orgullo malamente ocultado por ser un habitante de la ciudad, que incluye como mínimo saber que hay que andar por la acera y no por mitad de la calle. O quizá simplemente me conocía como la palma de su mano, pues, como respondiendo a mis pensamientos, contestó:

—Como tú no podías venir a verme... ni escribías...

Entonces entendí por qué avanzaba tan audazmente con sus bultos por medio de la calle. Eso era un reproche dirigido a mí y a toda la ciudad, que se había tragado a su hijo, pero cómo podía saber que iba a encontrarse conmigo, cómo se atrevió a acometer ese viaje a esta gran ciudad, en la que no había estado nunca, y ahora iba tranquilamente por medio de la calle, con paso firme de persona de pueblo, como si supiera dónde, como si fuera por los campos a cambiar las vacas de sitio o a llamar a mi padre para almorzar: esto no lograba entenderlo.

Llegamos a mi casa y subimos las escaleras. Tras la ventana resonaba la ciudad, brillaban miles de luces; ahí estaba ella, en

una ciudad enorme, que no había visto nunca, pero nada la sorprendía, y tampoco me preguntaba nada, como si lo supiera y entendiera todo. Simplemente limpió con el delantal una mesilla lacada, puso un mantelito de lino, dispuso los alimentos —mantequilla, queso— y se sentó en una silla. Vi sus manos ajadas, que reposaban sobre la mesa como dos cacharros más, y rocé con la mano el áspero mantel de lino, sin atreverme a preguntar qué habría hecho si no se hubiera encontrado conmigo por pura casualidad. Tenía la impresión de que no era a mí a quien venía a ver. Yo estaba ahí sentado, confundido, y no me atrevía a tocar el pan hecho por ella. Esperaba a que me reprochara algo o al menos me explicara el fin de ese extraño viaje, pero ella se limitó a decir, compasiva como siempre:

—Come.

No podía comer. Un bocado se me atragantó y mi cabeza se venció sobre su hombro.

Ella me rechazó suavemente.

—Come —repitió.

La mirada de madre fue vagando por mi habitación vacía. Solo entonces se acercó a la ventana y unas luces blancas y rojizas se encontraron con su mirada. No eran menos lejanas y misteriosas que las estrellas, quizá más lejanas que las estrellas, pues pronto se dio la vuelta.

—Come —insistió, pero yo era incapaz de tragarme el bocado atascado en la garganta, y no sé si llegaré a tragármelo alguna vez.